

PQ 6005
M4
1887-88
V. 2

SEGUNDA PARTE

AL SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON



DOS ARTÍCULOS

DE

DON ALEJANDRO PIDAL

SOBRE LAS CARTAS ANTERIORES.

I.

No hace muchos años que los eruditos y laboriosos investigadores de los tesoros literarios que encierran nuestras bibliotecas, paraban su atención, solicitada por tan extraño espectáculo, en un joven, casi un niño, que con un infolio en pergamino ó con algún empolvado manuscrito delante, tomaba de cuando en cuando apuntes en unas cuartillas de papel, con aquella naturalidad y desembarazo que acusan largos hábitos y gran familiaridad en el trato y manejo de tan venerandas antigüedades.

010644

La asiduidad con que concurría á su puesto, el carácter de letra de los manuscritos que estudiaba, el idioma en que estaban escritos los libros que pedía, unido con su tierna edad é infantil aspecto, despertaban de tal modo la curiosidad de los observadores, que en breve se esparció el rumor de que un nuevo erudito, ratón de biblioteca y tragador de polvo y de polilla, iba á salir á luz en la patria de los Gallardos, Calderones, Gayangos y Duranes.

Justificaba tal apreciación el relato de varias anécdotas que corrían entre los aficionados. Contábase el caso acaecido á uno de nuestros literatos más ilustres, encargado de comentar los poetas españoles del siglo décimoctavo, y que en sus laboriosísimas investigaciones no había podido dar con el códice manuscrito de cierto fraile poeta, viéndose obligado á consignarlo así en la obra, é inclinándose al parecer de que tales versos no existían; cuando días después recibió una carta, suscrita por desconocido nombre, en la que se le indicaba la biblioteca, la sala, el armario, el estante y el legajo en que los tales desconocidos versos dormían el sueño del olvido. Maravillóse, al parecer, nuestro

literato, corrió al sitio que se le indicaba, con gran desconfianza y temor de ser juguete de una broma, y halló en el mismo punto señalado las obras del poeta; inquirió diligente las señas de la casa del Colón de aquellas desconocidas rimas, y fué á visitar agradecido. No le halló en ella, y decidió esperarle. Introdujéronle en una reducida habitación colmada de papeles y libros, y cuál no sería su asombro cuando, pensando hallarse con un hombre proveccto cuyas canas justificasen su sabiduría bibliográfica, se encontró cuando, de vuelta ya nuestro erudito, penetró por fin en su habitación, con un joven imberbe, vestido con una chaquetilla, y con más trazas de jugador de marro ó de las cuatro esquinas, que de rebuscador de archivos y desenterrador de códices apolillados. Entablaron conversación animada sobre puntos oscuros de nuestra literatura, y horas después, según es fama, salía el insigne literato haciéndose cruces de ver compendiada tanta erudición en tan cortos aunque tan bien aprovechados años.

Estos relatos y otros, como la noticia de que en un solemne certamen abierto por una

rica casa editorial, y del que fueron jueces nuestras notabilidades literarias más ilustres, sólo se habían considerado dignas de premio dos obras, y abiertos los pliegos en que venía el respectivo nombre de su autor, se encontraron los jueces con que ambos trabajos llevaban el mismo nombre, que no era otro que el de nuestro joven, vinieron á aumentar nuestros ya vivos deseos de conocerle, deseos mezclados con el temor de que fuese el tal joven uno de esos prodigios de memoria en quienes la casi total ausencia de entendimiento abona la teoría de que una facultad se desarrolla siempre á expensas de las otras, y justifica el dicho vulgar de que la memoria es el talento de los tontos.

Conocimosle, por fin, una noche en unas modestas veladas literarias, en que, no para hacer aparatosos alardes de postizos conocimientos, sino para estudiar y dilucidar detenidamente las cuestiones más importantes que nos ofrece la historia científica y política de nuestra patria, nos reuníamos algunos jóvenes deseosos de aprender, y algunos ancianos de nombre ilustre en la república de las letras. Tratábase aquella noche de la decadencia de España en el reinado del últi-

mo representante de la casa de Austria, y de su renacimiento en el del primer representante de la casa de Borbón; y habiendo hecho uso de la palabra personas ilustradísimas, que habían estudiado de propósito el tema, y algún sabio encanecido en el estudio de la historia patria, parecía ya agotado el asunto, cuando el que esto escribe rogó al joven recién presentado, que hasta entonces había permanecido silencioso, que dijese algo de su cosecha sobre el particular, aunque ya nada nuevo pudiese, al parecer, decirnos.

Excusóse con natural modestia al principio; pero, vista nuestra insistencia, usó de la palabra *incontinenti*, y sin afectación ni pretensiones, y en un estilo claro y llano, y con un lenguaje castizo, desarrolló con tal novedad, profundidad y extensión el tema, demostrando tal copia de erudición, tan serena crítica y tanto ingenio, que desde entonces quedó para nosotros inconcuso, no sólo que el joven en cuestión, además de una erudición vastísima, hija de largos y concienzudos estudios, poseía profundos conocimientos científicos, puesto todo al servicio de un entendimiento sólido y elevado, sino

que la tan decantada decadencia literaria de España en el reinado de Carlos II, y su tan ponderado renacimiento en el de Felipe V, era uno de tantos lugares comunes sin fundamento, inventados por la pasión y propalados por la ignorancia, como corren de boca en boca por los labios de los eruditos á la violeta del presente siglo.

Pocos días después, en el despacho del director de *La España Católica*, escuchábamos atentos unos cuantos aficionados á la literatura unas magníficas composiciones poéticas, debidas al mismo joven. Eran unas versiones escrupulosamente hechas de los clásicos griegos y latinos, y de los más afamados poetas italianos, ingleses, franceses, portugueses y lemosines, yaquel mismo día, y en la misma *España Católica*, veía la luz el primer artículo de aquella larga serie de estudios acerca de los Jesuitas españoles en Italia, que tanto llamaron la atención de los críticos, y en los que tan soberanamente se demostraba lo atroz del desafuero cometido contra el saber, no menos que contra la justicia, la virtud y la religión, por aquel acto que ha calificado la historia con el nombre de *bárbaro* por boca de los mismos corifeos

de la impiedad, que acaso por eso no vacilan en repetirlo.

Por aquellos días también adquirimos completas noticias de casi todos sus trabajos, publicados ya unos, inéditos otros, y algunos por acabar todavía, y cuya sola enumeración asusta, pues fuera bastante cualquiera de ellos á ocupar la vida de un hombre, si habian de ser desempeñados con la conciencia que su asunto requería y con la que evidentemente los había él desempeñado todos. Tales eran los *Estudios poéticos* á que antes nos hemos referido; los *Estudios clásicos*, de que forma parte *La novela entre los latinos*, precioso opúsculo que deja agotada la materia, y que presentó el autor como tesis doctoral al recibir este grado en la Facultad de Letras; el *Ensayo bibliográfico y crítico sobre los traductores españoles de Horacio*; el *Bosquejo de la historia científica y literaria de los Jesuitas españoles desterrados á Italia por Carlos III*, de que ya hemos hecho mención; los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, inaugurados con el tomo referente á *Trueba y Cosío*; la *Biblioteca de traductores españoles*, que ha merecido el nombre de «tesoro de erudición biográfica y bibliográfi-

ca»; la *Historia de la estética en España*; y, finalmente, la *Historia de los heterodoxos españoles desde Prisciliano hasta nuestros días*, digno *pendant* de la *Historia de los berejes italianos*, que con gloria suya y de la Iglesia ha dado á luz el inmortal César Cantú.

Tales y tantas obras, fundamentales las más de ellas, nos llenaron de admiración ante el mero desarrollo de sus planes. Planes asombrosos por la vastedad de su extensión, por el número y novedad de sus datos, por la naturaleza y copia de sus fuentes, por lo ordenado de su método y por la unidad de su pensamiento.

Y, sin embargo, debemos decirlo, y lo diremos: nada de todo esto nos sorprendió tanto como la absoluta imposibilidad en que nos vimos de darle alguna noticia nueva, algún dato desconocido, alguna fuente ignorada, algún argumento ó consideración importante, olvidado en el desarrollo de sus temas. Siempre que le apuntábamos el nombre de algún autor, el título de algún libro, las aseveraciones de algún crítico, la fuente de algún estudio, siempre nos confundía, saliéndonos al paso, atajándonos en nuestra indicación y completando todo aquello que

le decíamos con nuevos hechos y razones, que nos probaban que, no sólo conocía aquel escritor ó aquella obra, sino que los conocía á fondo y sabía distinguir, tanto en materia de erudición como de doctrina, lo bueno de lo malo que en ellos se hallaba.

Y lo más notable de este saber y de esta erudición, era que, como se echaba de ver en seguida, no habían sido adquiridos por segunda mano y en libros de referencia, sino en sus propias fuentes, bien fuesen éstas españolas ó extranjeras, manuscritas ó impresas, raras ó comunes, antiguas ó modernas; fuentes cuyo detenido análisis, así como el de sus comentaristas, traductores y plagarios, nos hacía bajo el punto de vista filosófico de su doctrina, histórico de sus hechos, literario de su estilo, bibliográfico de su edición, y hasta *bibliománico* de sus ejemplares, si éstos eran raros.

Así, sin exageración ninguna de nuestra parte, conocimos nosotros hace tres años al joven D. Marcelino Menéndez y Pelayo, natural de la provincia de Santander y de edad ¡de diez y siete años!

Y, dicho esto, vamos, con el respeto que nos merece y con la desconfianza de nuestras

propias fuerzas que el caso nos impone, á juzgar su última producción, verdadera improvisación literaria, con algunas de cuyas aseveraciones nos atrevemos á no estar completamente conformes.

Titúlase esta producción *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, y dala comienzo un prólogo tan bien escrito como bien pensado del Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, bien conocido en la república de las letras, paisano del autor, y cuya delicada salud le obliga á calificar esta última producción de su bien tajada pluma de su «testamento literario».

Es el Sr. Laverde y Ruiz el porta-estandarte, por decirlo así, de los concienzudos entusiastas de la *ciencia española*, é, indignado ante el voluntario olvido en que la profunda ignorancia de los modernos *sabios* deja sumidos los tesoros de la sabiduría patria, para correr á rendir humilde tributo de admiración y de homenaje ante las más triviales y chabacanas producciones de la *ciencia extranjera*, ha dedicado su vida á la investigación y recuento de nuestros sabios teólogos, filósofos, eruditos y naturalistas, y de sus más notables producciones y descu-

brimientos más importantes, dándonos, como resultado de sus trabajos, la evidencia de nuestra superioridad científica, y como causa de nuestra actual decadencia, el desconocimiento de nuestros grandes hombres y de los monumentos que produjeron, señalando al mismo tiempo el modo de remediarla por medio de estudios críticos y de catálogos bibliográficos, y, sobre todo, por la resurrección de nuestras antiguas Universidades y la creación de cátedras para los diversos ramos de la ciencia española.

Gastó en esta noble cruzada sus juveniles fuerzas el Sr. Laverde, produciendo curiosísimos y eruditísimos trabajos; pero al cabo, «pasáronse los años», «marchitáronse las ilusiones», «disipáronse sus esperanzas terrenales», «aumentaron sus desengaños», «desfallecieron á una su cuerpo y su espíritu», hasta el punto de retirarse «á exhalar su último suspiro en el suelo bendito en que reposan las cenizas de sus abuelos»; pero sin arriar por eso su bandera, antes bien, manteniéndola enhiesta y tremolándola sobre los jóvenes adictos de la ciencia española.

Cuando he aquí que la Providencia le envía, cuando ya, «enfermo y dolorido, nada

le es dado hacer para unir la predicación al ejemplo», al joven Menéndez y Pelayo, que, como dice Laverde, «él solo vale por un ejército», y ante refuerzo tan inesperado, se le ensancha el pecho, se le enardece el corazón, y como si ya no le aterrara la muerte, que pálida y callada se le aproxima, arroja el español *¿qué importa?*, exclamando: *Non omnis moriar*. Si yo me voy, «queda en pie V., joven alentado, corazón sano, cabeza potentísima, para continuar la tradición de mis ideas y proyectos, y conducirlos todos á feliz término y remate».

Y en verdad que el resto de la obra que estamos examinando justifica plenamente sus esperanzas y consuelo.

Constituye su núcleo, como se echa de ver por el título, algunas polémicas sobre la existencia de la ciencia española, varias indicaciones sobre los medios de generalizar su conocimiento, y el proyecto de una obra fundamental acerca de los heresiarcas españoles, que no es otro que la introducción y el índice de dicha obra, compuesta por el autor, y que en breve verá la luz, según tenemos entendido.

Con decir que el libro que vamos exami-

nando es, á pesar de haber sido escrito al correr de la pluma, para las columnas de un periódico, y sin más plan que las exigencias de la polémica, un manantial inagotable de erudición española, un tratado crítico de nuestra cultura intelectual, y un libro amenísimo escrito en lenguaje castizo y lleno de sal ática *ad usum* de los *Don Hermógenes* del krausismo, tenemos dicho todo cuanto de él se puede decir en conjunto, concluyendo por añadir que todo escritor español, más aún, católico, no puede prescindir de tenerlo sobre su bufete, si ha de contestar fácil y victoriosamente á los enemigos de nuestra fe, que niegan sistemáticamente la cultura intelectual de España, como prueba evidentiísima de las tinieblas en que se sumen las naciones, donde sin rival impera señora y reina absoluta de los corazones y de los entendimientos la Fe católica revelada por Dios y por su Santa Iglesia.

Motivó las *cartas* que forman este libro una de tantas proposiciones como la soberbia pedantería racionalista, que desprecia á bulto y montón los tesoros de la Edad Cristiana, para prosternarse extática ante la última exhumación de alguna necedad, fiambre

ya de muchos siglos, arroja desde lo alto de las cátedras que ha tomado por asalto, merced, antes que á nada, al abandono de la juventud católica, más gustosa, por regla general, y hasta ahora, de encerrarse en el cómodo pero estéril círculo de las declamaciones, exageraciones y pesimismo políticos, que de trepar por la áspera pero gloriosa cumbre del estudio y de la meditación, por donde tan airoosamente asciende nuestro Menéndez y Pelayo, y proposiciones que arrojan también desde las columnas de las revistas que forman ya, comparadas con los periódicos, los *estudios serios* de estas generaciones tan raquílicas de espíritu como de cuerpo, para quienes sería empresa inverosímil atreverse con uno de esos libros con que se desayunaban nuestros mayores.

La tal proposición era más grave por ser hija de uno de los pocos escritores concienzudos que cuenta la secta, laborioso y de talento nada común: el Sr. Azcárate. Pero ¿qué pueden ver los ojos del entendimiento, por poderosos que de suyo sean, cuando los ciega la tupida venda que la pasión amarró sobre ellos?

Así fué que el Sr. Azcárate afirmó que

por falta de libertad en la ciencia, España había perdido por completo su actividad científica durante tres siglos.

Pocos más á propósito para destrozar esta afirmación que Menéndez y Pelayo. Para el que niegue el movimiento, no hay mejor razón que moverse.

Menéndez y Pelayo no se movió; pero á un solo signo de su pluma brotaron por encanto, como evocadas del fondo de sus olvidados sepulcros, legiones de sabios de todas clases que florecieron en España durante esos tres siglos, y cuyos nombres la fama, pasando callada sobre las cunas de sus ingratos hijos, repite todavía por los lejanos países que conservan, como cicatrices honorosas, los recuerdos de nuestra potente gloria.

Pero Menéndez y Pelayo no se contentó con hacer desfilar esta procesión interminable por ante los ojos del escritor krausista; hizo más: hizo que cada uno de ellos le fuese enseñando, por decirlo así, su hoja de servicios, sus méritos, para él totalmente desconocidos. ¡Qué asombro! Se nos concedían algunos *teólogos*; pero se creía que teólogos era cosa así como *sacristanes*, no hombres que pasa-